

René Girard. *La piedra desechada. Antijudaísmo cristiano y antropología evangélica*. Traducción y edición española de Ángel Jorge Barahona Plaza y David García-Ramos Gallego. Madrid: Caparrós, 2015. 176 pp.



En el año 2000, Alberto Signorini editó en italiano tres artículos de Girard y les escribió una introducción. El texto fue aprobado y prologado brevemente por el mismo Girard. El tema que une estos artículos es la cuestión del antijudaísmo cristiano. Posteriormente, Ángel Barahona y David García-Ramos tradujeron el texto de Signorini, y le añadieron otro artículo de Girard—que, en su opinión, abona a la temática señalada—, una amplia introducción de Barahona y una breve presentación de García-Ramos. El resultado es este libro sugerente, que presenta al público de habla hispana algunos de los primeros escritos de Girard sobre la superación del mecanismo de la violencia sacrificial y cómo esta superación puede ayudar al diálogo y acercamiento entre judíos y cristianos, pues unos y otros descansan sobre la misma verdad: la revelación judeocristiana.

La presentación de García Ramos pone a Girard en línea con Juan Pablo II y Benedicto XVI, ya que —según afirma— todos comparten la misma intuición, a saber, “la verdad sobre el pueblo judío es la verdad sobre la humanidad” (p. 10). Así, la revelación judeocristiana se reafirma como verdadera ciencia del hombre.

La introducción de Barahona resalta los méritos metodológicos y hermenéuticos de la teoría mimética. Para Barahona, Girard es un ejemplo de la hermenéutica de la fe que pide el papa Benedicto XVI en su libro sobre Jesús de Nazaret: “La obra girardiana presenta un reto revolucionario para la teología del siglo XXI [...]. Un método exegético abierto a la lectura total y crítica de la historia de la humanidad, que refleja el ser de cada hombre, y —aunque no la incluya como premisa— con una hermenéutica que conduce a las preguntas de la fe” (p. 13).

Considero que la introducción de Signorini es la parte más rica del texto, dado que hace referencia explícita a la interpretación judía y busca “una comprensión común sobre el significado universal de la persona de Jesús de Nazaret, al menos como gran

líder y gran profeta hebreo, como ha sucedido durante los últimos años” (p. 49). En efecto, el diálogo cristiano judaico ha avanzado notablemente.

Toda su introducción está permeada por el escrito de Jules Isaac, *Jesús e Israel*, del que saca una relación mutua: “El antisemitismo de los cristianos, el anticristianismo de los judíos son una misma injuria a Dios” (p. 50). El punto de conflicto es, obviamente, la cruz, pues los unos hacen responsables a los otros. La conciencia cristiana es la que considera blasfema cualquier postura antijudía, pues el antisemitismo es una verdadera “cristofobia”.

No hay sustitución de la Iglesia por Israel. Hitler creía hacer un favor a la Iglesia Católica al acabar con los judíos; pero después de los judíos, Hitler quería acabar con los cristianos. Incluso después de la *Shoa* hubo que esperar otros veinte años para el Vaticano II y la declaración *Nostra aetate* de 1965 para limitar la hostilidad antijudaica. Ahora es clara la afirmación de Vladimir Soloviev: “Estamos separados de los judíos solo porque no somos completamente cristianos” (p. 56). El *Catecismo* de la Iglesia Católica es contundente en su N.º 598: “La Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad más grave en el suplicio de Jesús, responsabilidad con la que ellos con demasiada frecuencia han abrumado únicamente a los judíos”.

Según Signorini, Girard demuestra que los fragmentos evangélicos están escritos “no en clave antijudaica, sino mimética” (p. 64). Y es que “no se repetirá nunca lo suficiente que los evangelios se incluyen por completo en la tradición profética y que solo pueden ser comprendidos en relación con la *Tórah*” (p. 64). Es cierto que Jesús condena el fariseísmo, es decir, la observancia exagerada de los ritos, pero Jesús habla del “eterno fariseísmo”: “lo que vale para los judíos, vale *a posteriori* para todos los seres humanos” (p. 67). Jesús no suprime la ley, sino le da plenitud.

Lo que se afirma por la parte cristiana tiene su correspondencia en la parte judía, pues el genio de los grandes artistas judíos (Heine, Kafka, Chagall) consiste en ver en la *singularidad* judía el símbolo de la *universalidad* humana (p. 77). Jesús se refiere a todo el género humano: “El acento de los textos –dice Girard– no cae sobre la judaicidad de los perseguidores, sino sobre la universalidad del mecanismo del contagio mimético” (p. 78-79).

Girard apunala con su interpretación mimética de los evangelios las intuiciones de grandes teólogos cristianos, como Karl Bart, quien afirma: “la Iglesia tiene que vivir con la Sinagoga: no [...] como si fuera otra religión sino como las raíces de las que ha crecido” o como el cardenal Martini, quien reconoce que nos han faltado las raíces judías; “solo volviendo a Jerusalén la Iglesia logrará recuperarse” (p. 86). ¿Se puede vivir la realidad judía en la Iglesia, sin anexionar otra vez la Sinagoga? Es

preciso reconocer al pueblo judío en su alteridad incluso cuando se ve como parte integrante de la identidad cristiana. Para ello es necesario rescatar el concepto fundamental, tanto del judaísmo como del cristianismo, de la conversión (*metanoia, teshuvá*).

Los artículos de Girard consideran que la maldición contra los fariseos (Mt 23,13-22) es uno de los textos evangélicos que más problemas de interpretación ha causado y que históricamente ha motivado el antisemitismo; pero Girard pretende demostrar por medio de su teoría mimética, que “la decisión de hacer morir a Jesús es sobre todo la de la multitud” (p. 99). Y ya se sabe que la multitud no es únicamente el pueblo judío, sino cualquier sociedad humana en medio de una crisis mimética general.

En específico, Girard afirma que “-a través de los fariseos- está en juego algo mucho más amplio e incluso absolutamente universal” (p. 102). De este modo demuestra que en los evangelios no hay antisemitismo, sino un radical antipaganismo. Girard reclama, con toda razón, que los cristianos han seguido leyendo el Evangelio en clave sacrificial en lugar de leerlo en clave de develación de la violencia.

El texto de los viñadores asesinos (Mt 21, 33-41) es igualmente desmitificado, y pone de manifiesto que son los hombres en general, y no los judíos, quienes expulsan y asesinan al hijo. Girard está convencido de la unidad indisoluble de la revelación judeocristiana, puesto que “el cristianismo y el judaísmo profético son los únicos ejemplos de religiones fundadas no sobre la aceptación ciega del asesinato fundacional sino sobre su lúcido rechazo” (p. 128).

La entrevista a Girard, titulada “La subversión judeocristiana”, es rica en precisiones acerca la interpretación mimética de los textos bíblicos y, desde este punto de vista, es el texto de Girard más importante del libro. En efecto, reconoce que ha faltado involucrar más a los comentaristas judíos, aunque menciona algunos (Neher, Lévinas), critica el ecumenismo superficial y cómodo que a veces se da entre judíos, católicos y protestantes, censura a la Sinagoga al no aceptar la crítica a la ley, etc. Sin embargo, se mantiene firme en la unidad judeocristiana: “Creo que las iglesias y las sinagogas se encuentran mucho más cercanas de cuanto creen, incluso en el modo en que tratan a Cristo, por lo que tienden en ocasiones a escamotear lo que de más radicalmente judeocristiano existe” (p. 144).

El artículo sobre Nietzsche pretende mostrar, en línea con la unidad judeocristiana afirmada, que la postura nietzscheana no solo es antijudía sino también anticristiana. Girard considera que Nietzsche vio claramente, en el siglo XIX, lo que todos los grandes críticos de la religión pasaron por alto: “la pasión cristiana no es antijudía como el antisemitismo vulgar cree; es antipagana” (p. 160). Nietzsche vio que hay gran diferencia entre la religión pagana y la religión judeocristiana, pero eligió regresar al paganismo.

Considero que todo esfuerzo por impulsar el diálogo y el trabajo conjunto entre judíos y cristianos es valioso y laudable. Me parece que la interpretación mimética de la Sagrada Escritura propuesta por Girard es original, en varios sentidos radical (pues hace ver las recaídas sacrificiales pasadas y actuales del judaísmo y del cristianismo), y abre caminos, no fáciles, no rápidos, ya que implican la constante conversión, para que tanto judíos como cristianos sean conscientes de y vivan que son parte de una única revelación del Dios no violento, del Dios que se pone del lado de la víctimas, del Dios que quiere misericordia y no sacrificios (Os 6,6-7; Mt 9,13).

Carlos Gutiérrez Lozano*

*Departamento Académico de Estudios Generales del ITAM. Correo electrónico: carlosgtlzn@gmail.com